

El vengador del Rif

"Mira, massho, hay doss tiposs de focass: lass focass que pa'palmotear necesitan ansshoa y lass focass que pa'palmotear no necesitan ansshoa. Tú, antess de que intimemos máss, me tieness que decir de qué clase de foca eress" Fernando Marías. *El vengador del Rif*.



CUANDO me encargaron que escribiera una reseña sobre la recién publicada novela de Fernando Marías, *El vengador del Rif*, acepté encantado por dos razones: porque la novela es estupenda y porque Fernando es mi amigo de toda la vida; y siempre es un placer poder escribir elogiosamente y a la vez sin faltar a la sinceridad sobre la obra de alguien allegado.

El vengador del Rif pertenece a una nueva colección juvenil que ha lanzado la editorial Anaya, *Senderos de la historia*, a través de la cual se muestran pasajes concretos de la historia de España que sirven de fondo a los argumentos de ficción de las novelas. Una buena idea lúdico-didáctica en un momento en que la sabiduría persigue a los estudiantes pero ellos corren más rápido.

¿Literatura juvenil y por tanto literatura menor? Pues no. En la presentación conjunta que hicimos hace poco de su novela y la mía, Fernando las definió de un modo que me parece muy acertado como "novelas para todos los públicos". Sin duda funcionó en ese momento en la olla a presión que tiene por sesera la asociación de ideas con la *calificación moral* de aquellas películas que nuestros padres nos llevaban a ver de pequeños al ya remoto cine Actualidades; aquellas películas que comenzaban muchas de ellas con un mapa de África o de La India como aperitivo psicológico ante lo lejano, peligroso y exótico: *Tambores lejanos*, *Objetivo: Birmania*, *Tres lanceros bengalíes* o *Beau geste*... Es decir, la aventura en estado puro.

Fue sintomático en este sentido que la gran mayoría de gente que se acercó a que les firmáramos las novelas en la Feria del Libro —gracias a todo ellos, fueron legión (¡jem!)— no eran chavales, sino cuarentones como nosotros con deseo de pasar dos o tres horas reviviendo las impagables sensaciones que proporcionaba ver aquellas películas o las primeras apasionadas lecturas de Salgari, Zane Grey o Stevenson...

Pero *El vengador del Rif* no es sólo una

novela de aventuras o no lo es propiamente. Como en todos y cada uno de los libros de Fernando Marías, la rica trama de la novela gira, se escurre y cambia hasta llevar al lector por maravillosos derroteros que no se esperaba en absoluto (ahí está *El Niño de los coroneles* que le mereció el flamante Nadal para atestiguarlo).

Lo que sobre el papel es una novela bélica protagonizada por militares y ambientada en la guerra del Rif, concretamente en la masacre del Barranco del Lobo, en 1908 (la guerra colonial de España en Marruecos es un episodio histórico que le fascina), comienza con un prólogo en presente que constituye una hilarante muestra de la mejor literatura humorística situada en la nueva corte de los milagros, prosigue con la narración de guerra, que se va transformando en un relato de misteriosos crímenes de los de "¿quién será el asesino?", con el elegante sabor de la Agatha Christie de *Diez negritos* o *Muerte en el Nilo*, sin olvidar el aroma del *Beau Geste* de P.C. Wren y de la versión en cine de William Wellman, que no cité antes por casualidad... Y desemboca en una inesperada historia de amor tejida en las arenas del desierto y del pasado, que no es ajena a la magia de los cuentos de *Las mil y una noches* o a *Los dos reyes y los dos laberintos* de nuestro admirado Borges.

Y ustedes quizá piensen, "pues menuda ensalada". Pues tampoco. Todos y cada uno de estos dispares elementos se integran al servicio de una trama realmente bien medida, brillante y escrita con un ritmo que no decae en ningún momento. Es ahí donde se ve la mano de un novelista que conoce su oficio y que ama aquel cine (*El vengador del Rif* será por cierto llevada a las pantallas bajo la dirección del excelente director argentino Marcelo Piñeyro); de un escritor que no practica "la prosa sonajero" que tan bien critica Marsé, sino la pasión de contar historias llenas de furia, pasión, "carne", sentimientos, oscuridad y luz.

O como diría su impagable personaje, el productor lampante y cheli José María Arrasadera junior, el de la *ansshoa*: *lo que a mussboss noss enroyha lo que máss...*

No se pierdan *El vengador del Rif*..., me lo agradecerán (por ejemplo comprando también la mía, que es todavía mejor).

Juan Bas



MI colega pero amigo (de muchos años: muchos más años de amigo que de colega) Juan Bas se ha adelantado artemente y ha escrito antes que yo su texto de este cruce de elogios moderados que nos ocupa. Conclusión: ya ha reseñado todo lo reseñable sobre la colección "Senderos de la historia", lo que me obligaría a improvisar... de no ser porque siempre guardo en la recámara sesudas reflexiones que escapan a su incatalogada sagacidad.

El cartucho es este:

"En general, la novela histórica es a la narrativa lo que los documentales malos al cine".

Me explico: he observado, a lo largo de mis muchos años de lector, que en demasiadas ocasiones las novelas históricas están tan ocupadas en contarnos cómo se enrollaban el turbante, la sandalia o el tupé los distintos personajes de las correspondientes épocas noveladas que se olvidan de lo esencial... El afán de minimalismo archidocumentado suele sepultar



Juan Bas y Fernando Marías. Foto Moreno Esquibel

el hecho novelístico, que no es otro que el de contar algo, y algo que, a ser posible, sea apasionante. Pero, lamentablemente, todos podemos citar novelizaciones de hechos históricos que se caen de las manos por aburridas, si bien pasarían con nota cualquier análisis sobre su rigor histórico. Bien documentadas, de acuerdo. Novelas malas, también de acuerdo.

Pues bien, la novela de Juan es una

El oro de los carlistas

excepción a esa regla.

Uno llega a "*El oro de los carlistas*" sabiendo poco o incluso nada de las guerras carlistas del siglo XIX y sale de la novela sabiendo bastante o, al menos, lo suficiente sobre ellas. Lo importante es que tal aprendizaje se produce en el lector sin que éste se perciba del proceso, fluidamente, casi a hurtadillas. Porque, como en todas las novelas inteligentes de carga ideológica férrea, el mensaje que se pretende transmitir no está subrayado, ni siquiera explicitado, sino finalmente envuelto en papel satinado de irresistibles colores. Uno, a través de las peripecias del protagonista, podría al final escribir unas líneas —y unas líneas lúcidas— sobre los males del carlismo y los sucesos trágicos que desencadenaron. Pero, a pesar de mi admiración por esta "postura docente", no es este aspecto el más destacable de "*El oro de los carlistas*".

Lo mejor es su esencia de elixir de la juventud; no eterna —no seamos desmesurados—, sino momentánea, pero juventud al fin: la que se recupera leyendo este libro.

Yo, que acabo de cumplir cuarenta y tres, me he vuelto a sentir el adolescente ansioso por la aparición inminente del nuevo álbum del Teniente Blueberry, tantos años atrás. Ese sabor, esa excitación rezuma "*El oro de los carlistas*". Clasicismo en estado puro en sus múltiples imágenes, de las que yo prefiero quedarme con una: la preparación de la aventura, los momentos previos a la "salida hacia el peligro" que, por alguna razón, está clavada en mi subconsciente desde... ¿qué película concreta? O mejor, ¿desde cuántas películas concretas? ¿"*Mayor Dundee*"? ¿"*Los cañones de Navarone*"? ¿"*La carga de la brigada ligera*"? ¿"*Murieron con las botas puestas*"? ¿"*Centauros del desierto*"? Películas —novela, en este caso— de itinerario geográfico (plagado de peligros) que deviene aventura moral; películas —novela, en este caso— de aprendizaje de vida.

Para terminar, y a modo de conmovedo homenaje a mi querido amigo y colega (ya saben: muchos más años de amigo que de colega) cito —con alguna sutil variante— la frase más inteligente de su discurso de aquí al lado:

No se pierdan "*El oro de los carlistas*"..., me lo agradecerán (por ejemplo comprando también la mía, que es todavía mejor).

Fernando Marías